

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



Olympia

LA CINTA ROJA

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

Olympia afronta un nuevo reto en su carrera: su primera competición internacional, y ¡en Rusia nada más y nada menos! Está muy ilusionada, aunque también insegura... Además Clara, su compañera, no le dirige la palabra. Menos mal que están Adrián y Mario, los chicos de artística. Con ellos correrá alguna que otra aventura y nuevos sentimientos aflorarán en su corazón.

Y además, curiosidades y consejos para fortalecer la musculatura y... ¡Todos los trucos de Almudena Cid!

Ellos forman mi nuevo entorno



LUCÍA

Es muy dicharachera, siempre sonriente y una artista de las manualidades. Se convierte en la compañera inseparable de Olympia en su llegada al equipo nacional.



OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus catorce años es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.



ADRIÁN

Es el mejor amigo de Mario. Siempre van juntos es divertido y algo despistado.



MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.



CLARA

Es la mejor amiga de Cristina en el equipo nacional, y una excelente gimnasta. Siempre lleva los cascos puestos y la música a todo trapo.



Bajo la mirada de...



CARIÑO

Es el perro de Maya. Convive en el chalé con todas las gimnastas y tiene un olfato privilegiado para las chucherías y las travesuras: todo un radar canino.

MAYA

Es la seleccionadora de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.



Sin olvidarme de ellos



ORTZI DAVID CARMEN

La gimnasia ha alejado a Olympia de casa, pero aunque ya no vea a diario a sus amigos, siguen con ella.



La zona de salidas internacionales de la terminal I del aeropuerto era enorme. Había mucha gente yendo de un lado a otro, con colas kilométricas en los distintos mostradores. El vuelo a Moscú aparecía en una pantalla gigante junto a otros destinos. Olympia trataba de entender todos los datos de su avión, no quería perderlo por nada del mundo.

<i>bora</i>	<i>compañía</i>	<i>destino</i>	<i>n.vuelo</i>	<i>puerta</i>	<i>terminal</i>	<i>embarque</i>
<i>11:30</i>	<i>AEROFLOT</i>	<i>Moscú</i>	<i>2154</i>	<i>65</i>	<i>I</i>	<i>10:45</i>

La maleta, el aro, la mochila de mano con todos los aparatos y la funda con todos los maillots. Iba tan cargada que prefirió buscar un carro en el que poner todos sus bultos y evitar una contractura en los trapecios, igual que había hecho Clara, que ya se había adelantado.

Iba corriendo al son de la música de sus cascos, sorteando a toda velocidad a todo el que se cruzaba en su camino, cuando Olympia se plantó delante de ella y ya te puedes hacer una idea...

En realidad, pasó como a cámara lenta: al verla a diez centímetros, Clara abrió los ojos como platos, Olympia puso cara de «yo de esta no salgo» y extendió las manos para frenar el carro, sujetándolo por una pequeña barra que llevaba el portamaletas en la parte delantera para que el equipaje hiciera tope. Lo que no sabía es que esa barra era para que las maletas no cayeran hacia fuera, pero sí se doblaba hacia dentro, y cuando se quiso dar cuenta, el carro se frenó, vamos que si frenó.

¡¡¡Craaaaaas!!!

—Ay... —decía Oly, todavía empotrada en el carro y sujetándose el tabique con las dos manos—. Cdeo que me he doto la nadiz...

Su voz era igualita que la de David cuando el balón de fútbol casi le deja fuera de combate en el campeonato interclase del colegio.

—¡Estás sangrando! —se apresuró a decir Clara.

Tampoco es que hiciese falta ser Sherlock Holmes para verlo, aunque a Olympia le alegró un poco ver que Clara se preocupaba. O por lo menos eso pensaba, hasta que abrió un ojo y vio que su compañera de equipo tenía la cara tan blanca que la lesionada parecía ella. Del golpe, hasta se le habían caído los cascos.

—¿Clada? —le preguntó.



La veterana se había dado la vuelta y se tapaba los ojos, como si Oly no fuese Oly sino un alien mutante con pode-

res galácticos capaz de convertirla en ratón de campo si le echaba un vistazo.

En un abrir y cerrar de ojos, se había juntado alrededor de las chicas un corrillo con las otras compañeras del chalé, que habían ido a despedirlas al aeropuerto de Barajas, con el marido de Maya y hasta con Cariño, el radar canino.

Lucía cogió a Olympia del brazo y la ayudó a levantarse, mientras tres gimnastas de conjuntos rodeaban a Clara. «¡Eh! ¡Que el trompazo me lo he llevado yo, recórcholis!», pensó, pero solo fue capaz de decir:

—¡Decódcholz!

✈ Terminal T1		Departures				
		Salidas				
Hora	Compañía	Destino	NºVuelo	Puerta	Terminal	Embarque
11:30	AEROFLOT	MOSCÚ	2154	65	1	10:45



No tardaron en llegar todas al baño. Clara se recuperó enseguida —«¡Pues claro!», pensaba Olympia—, y a ella Lucía le plantó dos trozos de papel higiénico blanco enrollado en los dos agujeros de la nariz, que a esas alturas parecía la de un hipopótamo. Si la mirabas de lejos, era como si estuviese echando humo.

—Pues ahora con la presión del avión a lo mejor los papeles hacen efecto corcho y te empieza a salir sangre como en un aspersor —dijo una.

—¡Que no digáis eso! —protestó enseguida Clara.

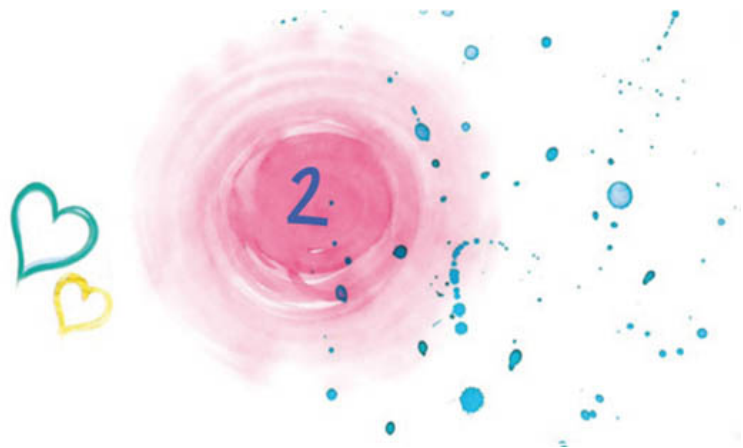
Olympia no tenía muy claro si era por defenderla y que la dejaran tranquila, o si era porque como alguien volviese a mencionar la sangre, su imaginación iba a ponerse en marcha y se iba a marear otra vez. Pensó que mejor lo primero... Si sentía algo de complicidad con su compañera, por lo menos sacaba una parte buena de ese porrazo.

De todos modos, enseguida se olvidaron de ella porque una de las chicas de conjunto se había quedado encerrada dentro de una de las cabinas del baño y estaba sacudiendo la puerta tan fuerte, que iba a terminar echándola abajo. Tardaron casi cinco minutos en sacarla y cuando salieron, la seleccionadora ya estaba esperando a Olympia y a Clara con cara de malas pulgas.

—¡Pásatelo muy bien, Oly! —le gritó Lucía. Era la vez número ciento treinta y siete que se lo decía desde que le dieron la noticia.

¡Ahí empezaba su viaje! Las dos chicas se despidieron del resto entre abrazos, y mientras aguardaban a que les facturasen las maletas, aguantaron la reprimenda de Maya por su poca formalidad. Luego cruzaron la línea roja que separaba la zona de los acompañantes de la de los viajeros.





Acababan de pasar los controles cuando Olympia notó unos golpecitos en la espalda y se giró con el mismo cuidado con que te girarías tú si llevases pegados a la cara diez cartuchos de dinamita que se activan con el movimiento.

—¿Qué?, ¿te has pasado al boxeo? —le soltó Mario con retintín.

Oly no daba crédito. ¿Qué hacían allí los chicos? ¡Y ella con esa nariz!

—¿Ez que todoz loz gimnastaz de adtíztica tenéiz el mizmo humod?

Le recordó a Ortzi, cuando a ella se le escapó el aro en el pabellón del Club IVEF de Vitoria, y al verla correr tras él, la invitó a pasarse al atletismo.

—Si estás monísima —le decía Adrián entre risas.

—Puez ezo: tengo la nadiz de una monízima.

—Venga, Oly, no te enfades. Nos espera una competición por equipos, ¡tenemos que llevarnos bien!

Y ahí es cuando Olympia empezó entenderlo todo: allí estaban Mario y Adrián, Clara y ella, los entrenadores y Benigno, los siete con la misma equipación, igual que las chicas de artística que veía llegar a lo lejos. En Moscú iban a competir por equipos y era nuevo para ella: en esta competición, la suma de los ejercicios de todas las disciplinas daría la clasificación final por países.

Sonrió, encantada con la idea, y la nariz le pegó un pinchazo.

—¡Ay! Recórdcholis —repitió. Por lo menos empezaba a recobrar las erres y las eses... aunque fuese poco a poco y con voz de constipado nivel uno. Se sentía ridícula. «Como para que me tomen en serio...», pensó al ver que a Mario y a Adrián otra vez les había entrado la risa.

Después de facturar las maletas, los chicos apenas llevaban equipaje de mano y hasta la puerta de embarque no pararon de meterse con las ritmiqueras.

—En nuestro deporte los aparatos nos los llevan —decía Adrián.

—Hombre, no te imagino yo con un potro a cuestras pod mucho muzculito que tengas.

—Pero ¿en serio tenéis que llevar tantas cosas encima?

—Pues tú dirás. Zi me pierden la maleta, me quedo sin maillots, sin aparatos, sin hodquillas pada el moño, ni puntedas, ni las músicas...

—Anda, chicas, dadnos algo, que os lo llevamos.

«Mmmmm... ¿con qué puede estar más ridículo? —se preguntó Olympia—. ¡El aro!».



En qué hora Clara y Olympia les dejaron sus aros. Desde ese momento hasta que embarcaron en el avión no pararon de buscarle posibles utilidades al aparato. ¿A ti qué se te ocurre?

—Un flotador.

—¿Lo dices en serio?

—Un volante.

—Ni los camiones tienen espacio para un volante así.

—Un pendiente.

—Te quedas sin oreja.

—Un aura de angelito, como yo —dijo Mario sujetando el aro de Olympia por encima de su cabeza.

—Ya te gustaría...



Clara había vuelto a su mundo. Otra vez estaba distante, desconectada y aislada con sus cascos. El avión no iba lleno, y cuando Olympia quiso sentarse junto a ella, puso su bolsa de mano en su asiento y no tuvo más remedio que buscar otro al lado. ¡Qué poco quedaba para despegar! Menos de cinco minutos después les llegaba la voz desde la cabina:

—... desconecten los dispositivos electrónicos y pongan los respaldos de sus asientos en posición vertical...

Olympia sacó el móvil y vio que le había llegado un mensaje de Carmen, como siempre lleno de caras sonrientes y de exclamaciones. Le deseaba mucha suerte y luego se despedía con un:

¡Al próximo viaje me voy contigo!

Esa había sido la mejor noticia: con la baja de María, Carmen se incorporaba a la selección a finales de agosto. ¡Otra vez iban a estar juntas! «Y ahora, además, con Ardi-lla», pensó Oly mientras apagaba el teléfono y se acordaba de su amiga Lucía. Iba a ser todavía mejor que en los tiempos de Vitoria; le habría encantado que se mudaran a Madrid todas.

El vuelo a Moscú duraba cinco horas y a medio viaje les sirvieron la comida: una pequeña ensalada con minienvases de aceite y vinagre, pimienta y sal, un segundo plato de ternera con puré de patata, un pastelito y pan.

Oly vio que Clara no se comía ni el bollo ni el pan. ¡Buf!, eso sí que era fuerza de voluntad. Los menús de Saioa, la nueva nutricionista, no tenían pan, pero... «Bueno, si te lo comes a más de cinco mil metros de altura, no cuenta», se dijo muy convencida. Seguro que esa era una regla en algún lugar del mundo más sensato que el chalé de Canillejas.

Para cuando se llevaron la bandeja, el pan de Olympia parecía entero, pero si le dabas la vuelta, se podía ver el agujero enorme donde antes estaba toda la miga.

—Tramposa... —le dijo Mario muy bajito y con una sonrisa mientras pasaba a su lado, camino del baño. ¡La habían pillado!

Desde su sitio, Adrián también miraba hacia ella: los dos reían el ingenio de Olympia. Y así, entre picoteos, bromas, puyas y el silencio de Clara, el equipo nacional de gimnasia sobrevoló las nubes rumbo a la ciudad del Kremlin.

